

CEREMONIA SATANICA

(Cuento)

Introito

En el antiguo y deteriorado cementerio de High Gate, en Londres, se encuentra la tumba de Carlos Marx. Es un sencillo monumento cuadrático, sobre el que se alza una enorme cabezota tallada de rasgos vulgares y toscos, casi groseros. Pero no se trata de una escultura de mal gusto, reproduce fielmente las facciones del célebre rebelde. El odiaba su cara y su figura, rechoncha y retacona, así como el oscuro tono de su piel, que contrastaba con la distinguida silueta y el pálido rostro de su esposa, la baronesa Jennie Von Westfalen, fallecida dos años antes que él y enterrada también en ese sitio, al igual que sus hijas y su nieto, así como su amante, la gorda Henschel, cocinera de la casa.

Marx murió en 1833, y hasta el día de hoy llegan visitantes a su sepulcro y dejan sus ofrendas. Ya no tanto como antes, cuando la URSS promovía el peregrinaje rojo a High Gate, pero muchos marxistas remanentes de todos los pelajes, que sobrevivieron a la debacle de la Unión Soviética, aún imbuidos de una fe terca, nostálgica, acuden a dejarle su tributo en flores y palabras. De noche, según algunos testimonios, grupos de dudoso origen realizan ceremonias satánicas en la misma tumba.

Cierta noche de diciembre de 2006, lluviosa y fría, coincidí por casualidad con un grupo de la “Quinta Internacional”, una de las divisiones cismáticas del desfalleciente movimiento marxista, que había venido a rendirle homenaje. Fue una ceremonia de otros tiempos; leyeron en voz alta la famosa frase de Marx: “*Los filósofos se han dedicado hasta ahora a interpretar el mundo, ya es hora de transformarlo*”, y la no menos conocida exhortación: “*¡Obreros del mundo uníos!*”, ambas grabadas en la lápida vertical. Cubrieron la estatua con una bandera roja, que ostentaba la hoz y el martillo al revés y el número cinco, pintados de color amarillo. Luego cantaron la “Internacional” en

francés, con el puño izquierdo en alto, mientras cada uno portaba una antorcha encendida en la otra mano. Por último, dejaron un centenar de rosas rojas junto al túmulo. Después partieron a paso militar, entonando marchas de la Guerra Civil Española.

Yo me quedé un rato más, para saldar mis propias cuentas con el viejo gruñón, sobre todo las diatribas escritas contra su pueblo de origen, recogidas en su funesto libro “Sobre la Cuestión Judía”-que llegó a ser uno de los libros de cabecera de Hitler-; le reproché también el odio a su madre, hermana del rabino de la comunidad judía de Tréveris, entre otros prejuicios, cuando llegaron los satanófilos.

Me escabullí detrás de otra tumba, a pocos pasos, que tampoco, como la de Marx, ostentaba ninguna cruz, media luna o estrella de David, y resultó ser la del sociólogo Spencer, heraldo de “la decadencia de Occidente”. Había oído decir que sectas de brujas y brujos, adoradores del diablo, se daban cita junto al sepulcro de Marx para realizar sus ceremonias secretas, y que era peligroso toparse con ellos. Pero ya no tenía escapatoria, porque apostaron guardias a la entrada del cementerio, y yo estaba demasiado cerca del centro de los acontecimientos para poder escabullirme al interior de aquél, repleto de árboles caídos y yuyos gigantes. De modo que fui testigo involuntario del aquelarre.

Curiosamente, los murciélagos de Waterloo Park, vecino al cementerio, que en verano salían a comerse los insectos nocturnos -según advertía un cartel luminoso del camino- se cernieron sobre la tumba de Marx, aunque era pleno invierno. Un encapuchado que parecía el jefe prendió fuego a la bandera roja, exvoto de los marxistas, con una de las velas que todos traían, chamuscando la copiosa cabellera tallada de la efigie. Sobre las cenizas, degollaron luego una paloma blanca, haciéndome recordar de una estrofa de un famoso poema dedicado a la muerte de León Bronstein, alias Trotsky.:

*“Un día de los tantos,
le arrancaron el cuello a la paloma.
La paloma tenía sangre verde
y hablaba con los pájaros,
tenía plumas blancas*

*y el pecho colorado,
las patitas de nácar
y los ojos intactos,
con el brillo cerúleo
de los nardos
y el ardor de la fragua
del verano...”*

No pude evitar la absurda idea de que algo sutil -a pesar de las diferencias- conectaba ambas ceremonias, aunque luego el aquelarre siguió su rumbo, hundiéndose cada vez más en sus propios abismos. La sangre de la paloma degollada corrió por las mejillas de la estatua, llenando el borde de las pobladas cejas de pitecántropo, para después deslizarse por el entrecejo y bajar por las laderas de la nariz hasta la boca inmensa y agresiva. Al llegar a este punto, la diabólica grey, uno tras otro, se apresuró a besar los abultados y sanguinolentos labios hasta que la sangre dejó de gotear, y, absorto como estaba, no me di cuenta de que alguien se acercaba por detrás y metía la punta de un cuchillo entre mis omóplatos.

-¿Quién es Usted, y qué hace aquí?

Expliqué, tan serenamente como pude, que había observado la ceremonia anterior de los marxistas sin quererlo ni ser visto, y esperaba el momento de irme sin llamar la atención.

- Demasiados “sin”... ¡El intruso tiene miedo! -rugió riendo el jefe- ¡Será una buena presa para el sacrificio!
- Nuestro Amo siempre nos manda la víctima en el momento adecuado -exclamó otro de los embozados, que sin duda era una mujer- ¿Sabía Usted que Carlos Marx, a pesar de su materialismo presuntamente científico, o precisamente por eso, creía en el poder de la hechicería y de las fuerzas tenebrosas?

- No es seguro que realmente creyera en ello -me atreví a decir, para ocultar el miedo que sentía- pero quizá era otra forma de su rebeldía...
- Pues él asistía en secreto a las reuniones de nuestro credo, que ya existía entonces, justamente en High Gate, como miembro pleno; hecho que ignoran sus biógrafos.
- Los adeptos consiguieron que fuera enterrado en este lugar, entre los muchos donde mora el Príncipe de las Tinieblas -dijo el jefe, mientras me ataba las manos detrás de la espalda.
- Si adivina quién introdujo a Marx en nuestros misterios, salvará su vida -la mujer emitió una risita entrecortada, como un cacareo.

Por pura intuición, respondí sin hesitar:

- *Henchel*, la cocinera, su amante, que yace también aquí, con los demás miembros de la familia.
- ¡Exacto! -se admiró la encapuchada- Y todos influidos por ella, cada uno a su tiempo, empezando por su esposa. *Henchel* era una bruja de trigésima generación, y lo cautivó gracias a nuestra sabiduría, pues era gorda y fea. Debido a su talento, Marx fue Brujo Mayor durante muchos años.
- Yo pensaba que todas las brujas eran bonitas, al revés de la imagen tradicional que las convierte en viejas jorobadas y narigonas...
- En esto tiene Usted razón -terció otra de las brujas, que no usaba capuchón ni embozo, pero sí una máscara mortuoria de rasgos luciferinos- las brujas de todos los tiempos fueron bellas, ya por naturaleza, ya por arte, y muchas mujeres hermosas que no eran brujas pagaron caro ese don, que genera tanta envidia en las demás. Así, acá mismo, en High Gate, en 1667, fueron quemadas diez doncellas virtuosas que nada tenían que ver con nuestros antecesores, simplemente por su belleza.
- Pero las almas de esas pobres inocentes, por puro rencor, se pasaron a nuestro bando, el único que posee las llaves de la verdad frente a las falsedades sobre el cielo y el infierno, que propagan todas las iglesias. Por eso también este sitio

estaba consagrado aún antes del entierro de los Marx -el hombre que había hablado portaba una máscara sin rostro.

Pese a mi engorrosa situación, la curiosidad pudo más que el temor y le pregunté:

- ¿Cuál es la verdad?
- La verdad es la tiniebla -contestó crípticamente- La humanidad estuvo y estará en tinieblas hasta que no reconozca que Satán ha vencido, que no hay Dios, mal ni bien, que todo es azaroso y depende de cómo los hombres atraen al Gran Poder a través de la magia y su grado más avanzado, la hechicería. Como ve, algo que no estaba en desacuerdo con las ideas furibundamente ateas de Marx.
- Algo similar pensaban los nazis y también han fracasado, lo mismo que los marxistas, en transformar el mundo a su imagen y semejanza -alegué, aun sabiendo que me exponía a su ira. Esta no se hizo esperar:
- ¿Qué sabes tú, pobre intruso, forastero por añadidura? -Y se abalanzó sobre mí, arañándome con furor las mejillas, de las que brotó sangre.

Al parecer, todos esperaban ese momento, porque reiteraron el rito anterior, lamiendo mi sangre gota a gota. Me resistí como pude, pateando a algunos y golpeando a otros con la cabeza, hasta que me ataron a una cruz de piedra, de gran tamaño, que habían arrancado sin duda de alguna de las tumbas derruidas de adentro (la de Marx está en la parte mejor conservada del cementerio, a pocos metros de la entrada). A esa hora, no había a quién pedir auxilio, y en ese instante creí de veras que iba a morir.

- Me has prometido la vida -le dije a la mujer embozada que me había formulado la adivinanza.
- Nuestras promesas se cumplen, extranjero. ¿Tienes miedo? -respondió accediendo al tuteo- Cuanto más miedo tengas mejor, el miedo es la otra sangre del sacrificio.
- *“No es valiente quien no ha tenido miedo”*, como dice Borges -repuse, acordándome de una de sus frases que más me gustaban.

- ¿Quién es Borges? -el jefe se interesó como a pesar suyo.
- Jorge Luis Borges era un gran poeta y escritor argentino -le contesté con cierto orgullo- fallecido hace veinte años.
- Pues tiene razón –agregó, e hizo una seña a la mujer con máscara de diablesa. Esta comenzó a juntar ramas caídas y a amontonarlas en torno a la cruz; a una orden del jefe les prendió fuego, y todos comenzaron a entonar una especie de letanía con la mirada clavada en el rostro de Marx. El círculo de llamas que me rodeaba lo hacía relucir como si fuera de cobre, y los murciélagos que revoloteaban alrededor, atraídos y quizá desorientados por las llamas, cayeron a plomo sobre las hogueras. Sus alas chirriaban como viejos pergaminos heréticos y su carne olía a podredumbre.

Durante las pausas de la letanía, los brujos rodeaban las fogatas del círculo siniestro y las iban acercando a la cruz. Pensé que iban a vengarse en mí de tantos autos sacramentales, cazas y quemas de brujas, y les grité con desesperación:

- ¡Vais a quemar a uno de los descendientes de las víctimas, no de los victimarios, como la Inquisición lo hacía con mis antepasados! –Pero el jefe respondió salvajemente:
- ¡Cuánto mejor! Son los sacrificios más apreciados por el Monarca Negro, como el de Jesús de Nazaret y los que hicieron los nazis, nuestros camaradas de ruta.

Al oír esto me inundó la furia y dejé de creer en su promesa. Se me fue el temor y vino el coraje. Les lancé una vieja maldición hebrea: *“Imaj shimjá ve Zijrejá, me atá ve ad olam”* (*“Que se borre tu nombre y tu recuerdo, desde ahora y para siempre”*), y arranqué de un sacudón la cruz del suelo con una fuerza que jamás imaginé poseer. Luego corté la soga que me inmovilizaba con el mismo fuego, y los atacé con la cruz de piedra como Sansón a los filisteos con la quijada de burro. La sorpresa los intimidó, y quizá también la desaparición del miedo, que me convertía en una presa inservible para sus propósitos, y huyeron en desbandada hacia el interior del cementerio, de donde habían venido. Apagué el fuego con los restos de la bandera roja y trepé a la reja que

separaba el cementerio de la calle, la muerte de la vida, el milagro de la realidad. El busto de Marx, tumbado durante la refriega, tenía la frente partida. De su interior, casi hueco, salían los guijarros que lo rellenaban, como sesos desparramados sobre el barro.
